



H. P. Lovecraft

La búsqueda de
Iranon



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BÚSQUEDA DE IRANON

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1935
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

LA BÚSQUEDA DE IRANON

En la ciudad de granito de Teloth vagaba el joven, con corona de vid, el pelo amarillo reluciente de mirra y la túnica púrpura rasgada por las zarzas de la montaña Sidrak que se extiende al otro lado del antiguo puente de piedra. Los hombres de Teloth son oscuros y severos, y habitan en casas cuadradas, y con el ceño fruncido preguntaron al forastero de dónde había venido y cuáles eran su nombre y su fortuna. El joven respondió:

"Soy Iranon, y vengo de Aira, una ciudad lejana que sólo recuerdo vagamente pero que busco volver a encontrar. Canto canciones que aprendí en la ciudad lejana, y mi vocación es embellecer los recuerdos de la infancia. Mi riqueza está en los pequeños recuerdos y sueños, y en las esperanzas que canto en los jardines cuando la luna es tierna y el viento del oeste agita los capullos de loto."

Cuando los hombres de Teloth oyeron estas cosas murmuraron entre sí; pues aunque en la ciudad de granito no hay risas ni canciones, los hombres severos miran a veces hacia las colinas de Carta en primavera y piensan en los laúdes de la lejana Oonai de los que han hablado los viajeros. Y pensando así, ordenaron al forastero que se quedara a cantar en la plaza ante la Torre de Mlin, aunque no les gustaba el color de su andrajosa túnica, ni la mirra de sus cabellos, ni su coronilla de hojas de vid, ni la juventud de su voz dorada. Al anoecer Iranon cantaba, y mientras cantaba un anciano rezaba y un ciego decía haber visto un nimbo sobre la cabeza del cantor. Pero la mayoría de los hombres de Teloth bostezaron, y algunos rieron y otros se durmieron; porque Iranon no contaba nada útil, cantando sólo sus recuerdos, sus sueños y sus esperanzas.

"Recuerdo el crepúsculo, la luna y canciones suaves, y la ventana donde me mecían para dormirme. Y a través de la ventana estaba la calle donde llegaban las luces doradas, y donde las sombras bailaban sobre las casas de mármol. Recuerdo el cuadrado de luz de luna en el suelo, que no era como ninguna otra luz, y las visiones que bailaban sobre los rayos de luna cuando mi madre me cantaba. Y también recuerdo el sol de la mañana, brillante sobre las colinas multicolores en verano, y la dulzura de las flores llevadas por el viento del sur que hacía cantar a los árboles.

"¡Oh Aira, ciudad de mármol y berilo, cuántas son tus bellezas! ¡Cuánto amé las cálidas y fragantes arboledas al otro lado del hialino Nithra, y las caídas del diminuto Kra que fluía por el verde valle! En aquellas arboledas y en el valle los niños tejían coronas de flores unos para otros, y al anochecer yo soñaba extraños sueños bajo los árboles de yath de la montaña mientras veía debajo de mí las luces de la ciudad, y el curvado Nithra reflejando una cinta de estrellas.

"Y en la ciudad estaban los palacios de mármol vetado y tintado, con cúpulas doradas y paredes pintadas, y verdes jardines con estanques cerúleos y fuentes de cristal. A menudo jugaba en los jardines y vadeaba los estanques, y me tumbaba a soñar entre las pálidas flores bajo los árboles. Y a veces, al atardecer, subía por la larga calle de colinas hasta la ciudadela y la plaza abierta, y contemplaba Aira, la mágica ciudad de mármol y berilo, espléndida en un manto de llamas doradas.

"Mucho tiempo te he echado de menos, Aira, pues era muy joven cuando nos exiliamos; pero mi padre era tu Rey y volveré a ti, pues así lo ha decretado el Destino. A lo largo de siete tierras te he buscado, y algún día reinaré sobre tus arboledas y jardines, tus calles y palacios, y cantaré a los hombres que sabrán de qué canto, y no reirán ni se apartarán. Porque yo soy Iranón, que fui príncipe en Aira".

Aquella noche los hombres de Teloth alojaron al forastero en un establo, y por la mañana se le acercó un arconte y le dijo que fuera a la tienda de Athok el zapatero, y que fuera aprendiz suyo.

"Pero yo soy Iranon, un cantor de canciones", dijo, "y no tengo corazón para el oficio de zapatero".

"Todos en Teloth deben trabajar", replicó el arconte, "pues ésa es la ley". Entonces dijo Iranon:

"¿Por qué trabajáis? ¿No es para que viváis y seáis felices? Y si os afanáis sólo para afanaros más, ¿cuándo os hallará la felicidad? Trabajáis para vivir, pero ¿no está hecha la vida de belleza y canto? Y si no sufrís cantores entre vosotros, ¿dónde estarán los frutos de vuestro trabajo? El trabajo sin canción es como un viaje cansado sin fin. ¿No sería más placentera la muerte?" Pero el arconte se mostró hosco y no comprendió, e increpó al forastero.

"Eres un joven extraño, y no me gustan ni tu rostro ni tu voz. Las palabras que dices son una blasfemia, pues los dioses de Teloth han dicho que el trabajo es bueno. Nuestros dioses nos han prometido un paraíso de luz más allá de la muerte, donde habrá descanso sin fin, y una frialdad cristalina en medio de la cual nadie irritará su mente con el pensamiento ni sus ojos con la belleza. Ve, pues, con Athok el zapatero o sal de la ciudad al atardecer. Aquí todo debe servir, y cantar es una locura".

Así que Iranon salió del establo y caminó por las estrechas calles de piedra entre las sombrías casas cuadradas de granito, buscando algo verde, pues todo era de piedra. En los rostros de los hombres había ceños fruncidos, pero junto al terraplén de piedra que bordeaba el lento río Zuro estaba sentado un muchacho de ojos tristes que miraba las aguas para espiar las verdes ramas que brotaban arrastradas desde las colinas por las corrientes de agua. Y el niño le dijo:

"¿No eres tú aquel de quien hablan los arcontes, que busca una ciudad lejana en una tierra hermosa? Soy Romnod, nacido de la sangre de Teloth, pero no soy viejo en los caminos de la ciudad de granito, y añoro cada día las cálidas arboledas y las lejanas tierras de belleza y canción. Más allá de las colinas de Karthian se encuentra Oonai, la ciudad de los laúdes y la danza, de la que los hombres susurran y dicen que es a la vez hermosa y terrible. Allí iría yo si tuviera edad para encontrar el camino, y allí deberías ir tú si quisieras cantar y que los hombres te escucharan. Dejemos la ciudad de Teloth y vayamos juntos entre las colinas de la primavera. Tú me mostrarás los caminos del viaje y yo asistiré a tus canciones al anochecer, cuando las estrellas, una a una, traigan sueños a las mentes de los soñadores. Y tal vez Oonai, la ciudad de los laúdes y la danza, sea la bella Aira que buscas, pues

se dice que no has conocido a Aira desde los viejos tiempos, y los nombres cambian a menudo. Vayamos a Oonai, oh Iranon de la cabeza de oro, donde los hombres conocerán nuestros anhelos y nos acogerán como hermanos, ni siquiera se reirán o fruncirán el ceño ante lo que digamos." Y Iranon respondió:

"Así sea, pequeño; si alguien en este lugar de piedra anhela la belleza debe buscar las montañas y más allá, y yo no te dejaría languidecer junto al perezoso Zuro. Pero no pienses que el deleite y la comprensión moran al otro lado de las colinas de Karthia, o en cualquier lugar que puedas encontrar en un día, o un año, o un lustro de viaje. He aquí que, cuando yo era pequeño como tú, vivía en el valle de Narthos, junto al gélido Xari, donde nadie escuchaba mis sueños; y me decía a mí mismo que, cuando fuera mayor, iría a Sinara, en la vertiente meridional, y cantarí a los sonrientes hombres dromedario en el mercado. Pero cuando fui a Sinara encontré a los dromedarios borrachos y malhumorados, y vi que sus canciones no eran como las mías, así que viajé en una barcaza por el Xari hasta Jaren, la ciudad amurallada de ónice. Y los soldados de Jaren se rieron de mí y me echaron, así que deambulé por muchas ciudades. He visto Stethelos, que está bajo la gran catarata, y he contemplado el pantano donde una vez estuvo Sarnath. He estado en Thraa, Ilarne y Kadatheron, en el sinuoso río Ai, y he morado largo tiempo en Olathoe, en la tierra de Lomar. Pero aunque a veces he tenido oyentes, siempre han sido pocos, y sé que la bienvenida sólo me esperará en Aira, la ciudad de mármol y berilo donde mi padre gobernó una vez como Rey. Así que buscaremos Aira, aunque sería mejor visitar la lejana y bendita Oonai, al otro lado de las colinas de Karthian, que podría ser Aira, aunque no lo creo. La belleza de Aira es inimaginable, y nadie puede hablar de ella sin embelesarse, mientras que los camelleros susurran lascivamente sobre Oonai".

Al atardecer, Iranon y el pequeño Romnod partieron de Teloth y vagaron durante mucho tiempo entre las verdes colinas y los frescos bosques. El camino era áspero y oscuro, y nunca les pareció que estuvieran más cerca de Oonai, la ciudad de los laúdes y la danza; pero al anochecer, cuando salían las estrellas, Iranon cantaba sobre Aira y sus bellezas y Romnod escuchaba, de modo que ambos eran felices en cierto modo. Comían abundante fruta y bayas rojas, y no notaban el paso del tiempo, sino que debían de haber transcurrido muchos años. El pequeño Romnod ya no era tan pequeño, y

hablaba profundo en vez de chillar, aunque Iranon era siempre el mismo, y adornaba su dorada cabellera con enredaderas y fragantes resinas encontradas en los bosques. Así sucedió que Romnod parecía más viejo que Iranon, aunque había sido muy pequeño cuando Iranon lo encontró observando las ramas verdes que brotaban en Teloth, junto al perezoso Zuro de piedra.

Entonces, una noche de luna llena, los viajeros llegaron a la cresta de una montaña y contemplaron la miríada de luces de Oonai. Los campesinos les habían dicho que estaban cerca, e Iranon supo que no se trataba de su ciudad natal de Aira. Las luces de Oonai no eran como las de Aira, porque eran duras y deslumbrantes, mientras que las luces de Aira brillaban tan suave y mágicamente como brillaba la luz de la luna en el suelo junto a la ventana donde la madre de Iranon una vez lo meció para que se durmiera cantando. Pero Oonai era una ciudad de laúdes y danzas, de modo que Iranon y Romnod descendieron por la empinada ladera para encontrar hombres a quienes los cantos y los sueños proporcionaran placer. Y cuando entraron en la ciudad, se encontraron con juerguistas ataviados con coronas de rosas que iban de casa en casa y se asomaban a ventanas y balcones, que escuchaban las canciones de Iranon y le arrojaban flores y aplaudían cuando terminaba. Entonces, por un momento, Iranon creyó que había encontrado a quienes pensaban y sentían como él, aunque la ciudad no era ni una centésima parte tan bella como Aira.

Cuando amaneció, Iranon miró a su alrededor con consternación, pues las cúpulas de Oonai no eran doradas al sol, sino grises y lúgubres. Y los hombres de Oonai estaban pálidos por la juerga y apagados por el vino, y no se parecían a los radiantes hombres de Aira. Pero como el pueblo le había arrojado flores y aclamado sus cantos, Iranon se quedó, y con él Romnod, a quien le gustaba la juerga del pueblo y llevaba en sus oscuros cabellos rosas y mirto. A menudo, por la noche, Iranon cantaba a los juerguistas, pero siempre estaba como antes, coronado sólo con la vid de las montañas y recordando las calles de mármol de Aira y la hialina Nithra. En los frescos salones del Monarca cantaba, sobre una tarima de cristal elevada sobre un suelo que era un espejo, y mientras cantaba, traía imágenes a sus oyentes hasta que el suelo parecía reflejar cosas viejas, bellas y medio recordadas en lugar de los comensales enrojecidos por el vino que lo acribillaban a rosas. Y el Rey le ordenó que se quitara su andrajosa púrpura, y lo vistió de raso y oro, con anillos de jade verde y brazaletes de marfil teñido, y lo alojó en una

cámara dorada y tapizada sobre un lecho de dulce madera tallada con doses y coberturas de seda bordada con flores. Así vivió Iranon en Oonai, la ciudad de los laúdes y la danza.

No se sabe cuánto tiempo permaneció Iranon en Oonai, pero un día el rey trajo al palacio a unas bailarinas salvajes del desierto de Liria y a unos tenebrosos flautistas de Drinen, en el este, y después los jueguistas arrojaron sus rosas no tanto a Iranon como a las bailarinas y a los flautistas. Y día tras día, aquel Romnod que había sido un niño pequeño en la granítica Teloth se volvió más tosco y más rojo por el vino, hasta que soñó cada vez menos y escuchó con menos deleite las canciones de Iranon. Pero aunque Iranon estaba triste, no dejaba de cantar, y al anochecer volvía a contar sus sueños de Aira, la ciudad de mármol y berilo. Entonces, una noche, el enrojecido y engordado Romnod resopló pesadamente en medio de las sedas raídas de su banquete y murió retorciéndose, mientras Iranon, pálido y esbelto, cantaba para sí mismo en un rincón lejano. Y cuando Iranon hubo llorado sobre la tumba de Romnod y la había cubierto de ramas verdes, como solía gustar a Romnod, dejó a un lado sus sedas y sus galas y salió olvidado de Oonai, la ciudad de los laúdes y la danza, vestido sólo con la andrajosa púrpura con la que había llegado, y adornado con vides frescas de las montañas.

Hacia el atardecer vagó Iranon, buscando aún su tierra natal y hombres que comprendieran sus canciones y sus sueños. En todas las ciudades de Cydathria y en las tierras más allá del desierto de Bnazie, niños de rostro alegre se reían de sus viejas canciones y de su andrajosa túnica de púrpura; pero Iranon permanecía siempre joven, y llevaba coronas sobre su dorada cabeza mientras cantaba a Aira, deleite del pasado y esperanza del futuro.

Así llegó una noche al escuálido catre de un antiguo pastor, encorvado y sucio, que guardaba los rebaños en una ladera pedregosa sobre un pantano de arenas movedizas. A este hombre le habló Iranón, como a tantos otros:

"¿Puedes decirme dónde puedo encontrar Aira, la ciudad de mármol y berilo, donde fluye el hialino Nithra y donde las cataratas del pequeño Kra cantan a los verdes valles y colinas cubiertas de árboles de yath?" Y el pastor, al oír, miró larga y extrañamente a Iranon, como si recordara algo muy lejano en el tiempo, y observó cada línea del rostro del extraño, y su cabello dorado, y su corona de hojas de vid. Pero era viejo, y sacudió la cabeza y se quedó dormido. Pero era anciano, y sacudió la cabeza al responder:

"Oh extranjero, he oído el nombre de Aira, y los otros nombres que has dicho, pero vienen a mí desde lejos a través de largos años. Los oí en mi juventud de labios de un compañero de juegos, un niño mendigo dado a sueños extraños, que tejía largas historias sobre la luna y las flores y el viento del oeste. Solíamos reírnos de él, pues lo conocíamos de nacimiento, aunque se creía hijo de rey. Era apuesto, como tú, pero lleno de locura y extrañeza; y huía de pequeño en busca de quienes escucharan con gusto sus canciones y sus sueños. ¡Cuántas veces me cantó de tierras que nunca fueron y de cosas que nunca podrán ser! De Aira hablaba mucho; de Aira y del río Nithra, y de las cataratas del pequeño Kra. Allí jamás diría que vivió una vez como príncipe, aunque aquí lo conocimos desde su nacimiento. Tampoco hubo nunca una ciudad de mármol de Aira, ni quienes pudieran deleitarse con extrañas canciones, salvo en los sueños de mi viejo compañero de juegos Iranon, que se ha ido."

Y en el crepúsculo, mientras las estrellas salían una a una y la luna proyectaba sobre el pantano un resplandor como el que un niño ve estremecerse en el suelo cuando lo mecen para que se duerma al anochecer, se adentró en las arenas movedizas letales un hombre muy anciano vestido de andrajosa púrpura, coronado con blanqueadas hojas de vid y mirando al frente como si contemplara las cúpulas doradas de una bella ciudad donde se comprenden los sueños. Aquella noche algo de juventud y belleza murió en el mundo de los ancianos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB